



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CASTELLAR, BÉRCIA, ORENSE, Y Y MARGALL, FIGUEROA, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARISTI, CALA, CORDOBA, SANCHEZ RUBIO, PRIMA, ALVAREZ, ZAPATA, TRASSERA, BUTERANZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, SASTRE, ANER, VALDÉS, FLORES, LA FUENTE, MINOGET, SIERRA, COLL, FINEO, ALMIPALL, RUBIO, LONTAU, CLAVÉ, RIBTA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 1.º DE OCTUBRE DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPANÍA.</p> <p>ADMINISTRACION:</p> <p>Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 16.</p>
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

SUMARIO.

TEXTO.—El auto de fé, por Roque Bárcia.—Bokold, por Ramon de Cala.—Instrucción primaria, por Q.—Recuerdos históricos, por Manuel Elaburo.—La electricidad, por F. Flores y García.—D. Mariano Alvarez de Castro, por Liso.—La vendimia, por Nazario de Joss.—Teatro, por E. Rodríguez Solís.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Un auto de fé.—D. Mariano Alvarez de Castro.—Catedral y Universidad de Salamanca.

EL AUTO DE FÉ.

Antes de entrar en la explicación de la primera lámina del presente número, la cual representa un *auto de fé*, ó sea un sacrificio de sangre humana, juzgo indispensable extenderme en algunas observaciones sobre un asunto no analizado ni discutido, y que conviene analizar y discutir.

Muchos son los que dicen: «cada vez estamos más desmoralizados; cada día vivimos peor; corremos á una disolución final.»

¿Es esto así? No.

¿Es esto conforme al espíritu de los tiempos? No.

¿Concuerda esto con la verdad más grande que conoce el mundo, esa verdad inexorable, esa verdad fija, esa verdad eterna, que se desarrolla invisiblemente en los anales del universo? No.

En una palabra: ¿es aquella opinión conforme á la

marcha ascendente de la humanidad dentro del tiempo y del espacio? De ninguna manera.

Si aquella opinión fuese verdad, el hombre progresivo, el hombre perfectible, sería mentira.

Siendo mentira el hombre perfectible, el hombre progresivo, el hombre que viaja hácia el porvenir, sería mentira la Redención cristiana.

Siendo mentira la Redención cristiana, es mentira que somos cristianos.

Siendo mentira que somos cristianos, tenemos que ser, necesariamente, gentiles, paganos ó judíos.

Discurso dentro de la escuela de los pesimistas, á quienes contesto en este escrito.

Esos pesimistas se llaman católicos, apóstólicos, romanos, y les objeto dentro de la escuela católica, apóstólica, romana.

Esos partidarios de la primitiva barbarie creen, como en un capítulo de dogma, en el testimonio de las Escrituras y de los profetas; y dentro de ese testimonio voy á demostrarles el sacrilegio absurdo de sus opiniones.

¿Cómo digo yo á los que piensan de aquella suerte: vosotros que creéis en la perversion de los tiempos, en el maleamiento de los siglos, en la gradual decadencia del hombre, en la disolución final de las conciencias y de las costumbres, venid y decidme: ¿negais la Redención? ¿Poneis el pecado del Paraíso sobre los dolores de la cruz?

¿Qué! ¿sois partidarios de la serpiente?

¿Sois partidarios de ese grosero fatalismo oriental?

¿Entendeis, por ventura, que los gentiles, que los paganos, que los judíos, eran mejores que nosotros? ¿Declarais la excelencia de la gentilidad y del judaísmo sobre la moral del Evangelio? ¿Qué decís? ¿Qué pensáis?

Los que opinan de semejante modo, ignoran, sin duda, cómo vivían los gentiles, los fariseos, los escribas y los sayones.

Vuelvan los ojos hacia atrás; registren el pasado, suspendan las losas de los sepulcros, pregunten á los muertos, y entonces verán cómo aquella opinion es un excepticismo ignorante, una especie de ateísmo histórico: un universal ateísmo.

Si yo atendiese al adagio que dice: *«cada cual cuenta de la feria, según le va en ella»*, seguramente no pintaría con colores muy agradables la semblanza de nuestro siglo; pero me parece que debo arrancarme de mis propios dolores, para reconocer y confesar solemnemente los sagrados fueros de la historia.

Martirizado ó no martirizado, perseguido ó no perseguido, con corona de espinas ó con corona de laurel, yo los reconozco, yo los confieso, yo los sellaría con mi sangre.

Y aun hablando de mí, si esto se permite, ¿qué me hubiera pasado en esos tiempos que se llaman morales y religiosos?

Es indudable que me hubieran quemado veinte veces y ahorcado otras tantas, si fuera posible quemar y ahorcar á un mismo hombre más de una vez.

¿Cuántos y cuántos infelices no fueron al palo y á la hoguera con muchos menos méritos?

Sin embargo, yo no he tropezado todavía con ninguna hoguera ni con ninguna horca, á pesar del raleamiento de las edades.

Vivo con mis golpes, vivo con mis heridas; pero vivo. ¿Cómo negarme á esta evidencia?

Los [que opinan que el mundo se pervierte, que el hombre se malicia, que los padres son peores que sus abuelos, y los hijos peores que sus padres, y los nietos peores que los hijos, cómo se olvidan de que Dios *tuvo que raer de la faz de la tierra á las primeras gentes*, abriendo los abismos y las cataratas del cielo? ¿Cómo se olvidan del diluvio? ¿Sois vosotros los que creéis en las Escrituras?

Si cuanto más vivimos somos peores, es evidente que mejores seremos cuanto menos vivamos.

Según esta regla, los contemporáneos de Noé, pisando un globo *jóven*, viviendo en una tierra *niña*, alumbrados por un sol *nuevo*, por *estrellas flamantes*, aspirando las *inocentes ráfagas* de un aire *honesto*, recibiendo las *púdicas caricias* de aquellos tiempos *virginales*, debieron ser unos ángeles del Señor.

Pues si eran ángeles aquellas criaturas; si eran tan *virginales* aquellos tiempos, y tan *nuevo* el sol, y tan *jóven* el globo, y tan *niña* la tierra, ¿cómo se concibe que la eterna justicia los condena á morir ahogados?

O aquellas gentes eran malas, ó Dios fué injusto.

Y vuelvo á preguntar: los que entienden que la humanidad se relaja, ¿se prestan á decir que fué injusto Dios?

Pero abandonemos el diluvio, que está muy lejos; abandonemos la argolla china, que mató á un filósofo; dejemos la cicuta griega, que mató á Sócrates; el veneno persa, que mató á Temístocles; el carro *Triunna I*, que

aplastó á muchas madres; el monte Taygeto de los espartanos, que mató á muchos niños; la roca Tarpeya de los latinos, que mató á muchos héroes; la torre de Neale, que mató á muchos caballeros; la negra Bastilla de París, que asesinó á muchos liberales; la guillotina, que decapitó á muchos hombres; el Santo Oficio, que achicharró á muchos cristianos; el cuchillo feudal, que degolló en España á muchos siervos; la horca del rey absoluto, que estranguló á infinitos vasallos, sin contar á Riego y á Mariana de Pineda.

Dejemos una concha del ostracismo, que expulsa de Atenas al virtuoso Aristides; dejemos un pasado, que degüella á Holofernes en Judit; que se muere de pena en Safo; que mata á Onésimo en Lacedemonia; que mata á pedradas á San Esteban; que precipita, desde lo más alto del templo de Jerusalem, al apóstol Santiago el Menor; que degüella á San Pablo y que crucifica á San Pedro.

Dejemos un pasado que llama severo á Catón, el cual se enriquecía con el tráfico infame de los libertos; un Catón que compraba lujosos tapices de Babilonia con la lágrima del esclavo.

Dejemos un pasado en que Virginio tiene que clavar un puñal en el corazón de su hermosa hija Virginia para libertarla de la lujuria de un brutal decemviro. ¿No parece esto imposible?

Dejemos un pasado que asesina á César, mientras que permite que un Scipión muera olvidado en la Campania.

Dejemos un pasado que escandaliza al mundo en Messalina y Frine; que se suicida en Lucrecia; que se suicida en la mujer de Asdrúbal, la cual mata antes á sus hijos.

Dejemos un pasado en que una madre mata á sus hijos para ser heroína.

Dejemos un pasado que llama heroína á esa madre bárbara.

Dejemos un pasado que nos presenta las figuras de un Heliogábalo, de un Sardanápalo, de un Edipo, de un Catilina, de un Juan San Tierra, de un Felipe II, de un Torquemada.

Dejemos un pasado que cuenta á un Dionisio de Siracusa, á un Neron, á un Tiberio, á un Calígula, á un Cláudio, gladiadores de hombres y de fieras.

Dejemos un pasado que ha escrito los anales de los pontífices de Roma, y acerquémonos á nosotros.

¿Qué se dice de nuestros tiempos? ¿Qué se declara contra nuestra vida de hoy, cuando los hermanos envenan y matan á los propios hermanos, y los padres arrancan los ojos á sus hijos, en toda esa serie de bandoleros desalmados, de hienas furiosas, de conciencias malditas que se denominan reyes godos?

¿Qué se dice de nuestros tiempos, cuando un D. Rodrigo viola á la Cava y los españoles se ven entregados á la morería por el conde D. Julian?

¿Qué se murmura contra nuestro siglo, cuando un don Juan de Austria, el salvador de la cristiandad en un golfo de Grecia, muere en Holanda, tal vez envenenado?

¿Qué se murmura de nosotros, cuando un Gran Capitán muere olvidado en Loja?

¿Qué decimos de nuestra civilización? ¿Qué murmuramos de nuestra sociedad, cuando un Hernán Cortés muere desterrado en Castilleja?

¿Qué osamos decir de nuestros tiempos, cuando el

autor de un *Don Quijote de la Mancha*, el primer libro de la tierra, despues de la Biblia, muere de miseria en una bohardilla de Madrid?

¿Qué se dice de nuestros vicios y de nuestro abandono cuando un Cervantes, el que inmortaliza con un libro á todo español, no puede mantener á su hija y la entierra?

¡Sí, la entierra en un convento, y enterrada murió!

¿Qué murmuramos de nosotros, cuando un Colón, el adivino de una cuarta parte de la tierra que conocemos, el casi creador de un mundo, el que hizo la *tierra redonda*, muere entre cadenas como un malhechor, como un bandido, como un herege, como un parricida: él, que embarcado en su carabela, roturando el Océano, como se rotura una tierra inculca, midiendo las aguas y los cielos con el compás oculto de su altiva mirada, se presentaba al mundo como un Dios de la mar?

No quiero decir que hoy somos santos; no quiero decir que somos perfectos; no quiero decir que se ha consumado la rehabilitación moral del hombre: no desconozco que harto tenemos que corregir nuestro proceder; harto tenemos que levantar nuestra caída naturaleza; harto tenemos que sacrificar nuestras pasiones; harto tenemos que purificar nuestra vida, para legar á nuestros descendientes nobles ejemplos que imitar.

Bien; somos malos; estamos caídos.

¡Ay! ¿Quién tiene valor, quién tiene alma para echarnos en rostro esta desventura de tantos siglos y de tantas execraciones?

¿Quién tiene corazon para arrojar sobre nuestra conciencia esos huesos podridos de tantos reyes ignorantes, de tantos pontífices impíos, de tantos sacerdotes fanáticos, de tantos guerreros crueles, de tantos nobles avarientos y estúpidos?

«Nuestras costumbres están pervertidas»: es verdad; pero ¿no veis en el pasado ningún ejemplo de reinas olvidadas, de mancebos envilecidos, de frailes degradados e inmundos?

«Estamos pervertidos»: es cierto; pero ¿entendéis que es culpe nuestra esa perversion heredada de frailes degradados, de favoritos aventureros, de comediantes insolentes, de reinas dadas, de monjas rufianas?

«Somos malos; estamos caídos.»

Y ¿qué nos decís? ¿Qué nos explicáis con esa sarcástica noticia?

Adoradores de la antigüedad, es indispensable que nos entendamos: todas las horas llegan cuando deben llegar; y ha llegado la hora de entendernos. Despues de tantos siglos de infamia y de insulto, ha llegado esa hora sagrada. ¡Bien venida sea!

«Somos malos.» ¿Y qué? ¿Nos ha maleado la naturaleza con que nacimos? ¿Nos ha maleado nuestra vida? ¿Nos ha maleado lo que Dios hizo en la criatura? ¿Nos ha maleado la obra Dios? Dios ¿nos malea?

Adoradores de lo antiguo, venid y responded.

Estamos caídos, exclamais.

Estamos caídos, sí, señores. ¿Y qué? ¿Nos hemos caído nosotros? ¿Nadie nos empujó para que cayéramos? ¿Nadie ha causado nuestra caída?

¡Ah! ¿Nada os dicen tantas generaciones supersticiosas, tantos siglos esclavos?

Adoradores de la moral antigua, venid y contestad.

Somos malos; estamos caídos, sí, señores. ¿No sabeis

la historia de los castillos, de los palacios, de los conventos, de las abadías y de los cuarteles?

¿Con qué derecho lanzais ahora sobre nuestra vida ese espectro horrible del pasado que idolatráis?

¿Con qué derecho afrontais ahora nuestro infortunio; un infortunio, que es tambien nuestro, de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hermanos, de vuestras mujeres y de vuestros hijos?

¡Costumbres! Pues ahora me acuerdo de una ciudad de la Pentápolis, llamada Sodoma; y esa ciudad estaba en Oriente; en la cuna de las revelaciones; en la Tierra Santa.

¿Sabeis lo que quiere decir *Sodoma*? ¿Sabeis lo que quiere decir *sodomita*?

Si lo ignorais, ¿con qué fundamento nos argüís?

Y si lo sabeis, ¿con qué razon hablais? ¡Costumbres! ¡Conciencia! ¡Principios morales! Pues ahora me acude otro recuerdo-triste, doloroso: yo declaro que en este instante escribo con pena; pero hay que decir la verdad al mundo; hay que cavar la sepultura para que la presente generacion pueda ver el cadáver, porque el cadáver está allí.

Adoradores de la antigüedad, una antigüedad que no conocéis, llegad y oidme.

¿Habeis estudiado la vida de Sócrates? ¿Sabeis quién era? ¿Por qué no estudiáis antes de hablar? ¿Por qué no pensais antes de escribir?

Sócrates era un grande hombre de aquella edad; un sábio de su tiempo; una víctima de su siglo.

Pues esa víctima, ese sábio, ese grande hombre, á quien la Grecia envenenó porque era mejor que los griegos; aquel mártir del gentilismo; héroe de la ciencia; aquel hombre moral, aquel *santo*, por decirlo así, tenía mancebos, tenía barraganes... No puedo decir más, y me parece que he dicho algo más de lo que debiera decir.

Pero en este momento me van acudiendo otras memorias.

¿Qué vemos en Esparta, en la severa Esparta, en donde un Licurgo muere de hambre con el único fin de moralizar á su pueblo? ¿A dónde va esa procesion de mujeres desnudas? ¿No las veis?

Adoradores del pasado, venid, presenciad y exclamad despues que ESTAMOS CAIDOS.

¡Ahí teneis una procesion de hermosas doncellas que se ofrecen en cueros á la vista de los vencedores en los juegos olímpicos.

Y ¿qué hay más allá? ¿Qué vemos en los bosques de la Grecia antigua?

¡Ahí teneis millares de vírgenes que van anualmente á los bosques sagrados con el objeto de celebrar el sacrificio de su pudor.

Y aquel sacrificio se verificaba á la luz del sol, en medio del día, á la sombra de las forestas.

Pero ¿qué ruido se oye en la Persia de los magos? Es un festejo que se consagra todos los años al Dios de...

No ignoro que debiera callarlo.

No ignoro que voy á causar cierto escándalo entre los lectores de LA ILUSTRACION.

No ignoro que voy á pasar por obsceno; pero yo no tengo la culpa de que tales festejos se hayan celebrado en la tierra.

Yo no tengo la culpa de que la humanidad antigua,

la humanidad moral y religiosa de los apóstatas de nuestro siglo, haya vivido así.

Yo no tengo la culpa de que tales cosas hayan escrito aquellas edades en los fastos del mundo.

No lo digo yo; la historia lo dice.

¡Vaya de cuenta de la historia!

¡Vaya de cuenta de la antigüedad!

¡Adoradores de los antiguos, vaya de vuestra cuenta y riesgo! Vosotros lo buscáis: pues ahí lo tenéis.

El ruido descomunal que se percibe allá en la Persia de los magos, es un festejo que se consagra anualmente al dios de... *la abertura*. No sé si era dios; no sé si era diosa, no sé qué quiere decir esto; pero suplico a los censores de nuestro presente que lo escuchén, que no lo olviden, que lo reflexionen, y que clamen después: «Somos muy malos; estamos caldos!»

Pero ¿qué se ve más allá? ¿Qué pasa en las fiestas del ídolo Moloch? ¿Qué oímos? ¿Qué escuchamos?

Es imposible proseguir sin que la ley me forme causa por escandaloso, y sin que la empresa de LA ILUSTRACION se quede en la calle.

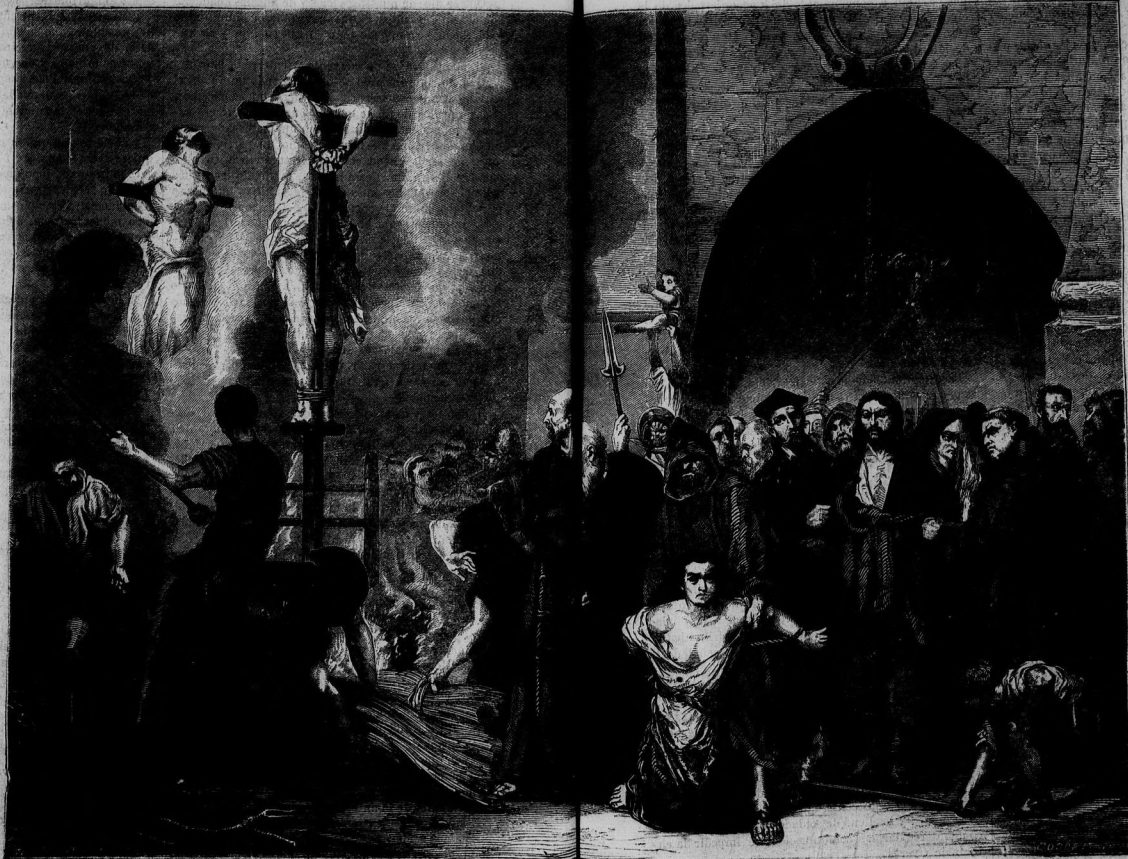
Plego los labios por respeto a la ley, a los suscritores y a la empresa.

En fin, mantenedores de las cosas de antaño, puesto que tanto veneráis las proezas pasadas, venid y clavad las rodillas ante un pasado que pone en cruz a Jesucristo entre dos ladrones.

¡Gentes desdichadas! Se llaman cristianos, y adoraban un pasado que asesinó a Cristo.

¡Ahí tenéis lo que vuestro pasado ha hecho: ese pasado que idolatráis!

¡Ahí tenéis lo que han hecho vuestras divinidades!



UN AUTO DE FÉ.

¿Qué nos decís ahora, ilusos?

¡Cargad vosotros con vuestros dioses!

He creído oportuno exponer todo lo que antecede, con el único fin de justificar la siguiente pregunta: ¿sufrirá hoy la conciencia de nuestro siglo un auto de fé?

Contestaré en el número próximo.

ROQUE BANCIA.

BOKOLD.

I.

Era Bokold un sastre de Leide, pobre como toda su familia, y sin representación entre sus conciudadanos, por corresponder a la clase de los obreros, que aun conservaba las señas de la servidumbre al principio del siglo xvi, en que vivió el hombre cuyos hechos principales pensamos referir.

Por el lugar donde había nacido era nombrado también Bokeld, Juan de Leide.

Aunque sin instrucción alguna, tenía un entendimiento claro y una penetración y agudeza notables, prendas que tomaban grandes proporciones con el auxilio de un carácter tenaz y una actividad incansable.

En aquellos tiempos fermentaba en Alemania la profunda agitación que había dejado la lucha gigantesca sostenida por los paísanos contra los señores feudales. Vencidos aquellos en los campos de batalla por el abandono traidor en que los habían dejado sus amigos de la clase media, conservaban vivo el deseo de su emancipación social; que la guerra corta alguna vez, pero nunca disuelve, las dificultades, ni extirpa las aspiraciones legítimas de la naturaleza.

Entonces también se agitaban en Alemania las ideas de la reforma religiosa; y como el deseo contrariado se acomodó a las nuevas manifestaciones que ofrecían alguna esperanza de triunfo, los paisanos se hicieron reformistas y la cuestión social se revistió de un carácter religioso.

Lutero representaba las aspiraciones de las clases privilegiadas contra la centralización unitaria del papado en el orden religioso, y contra la centralización autocrática del imperio en el orden político; pero la doctrina de Lutero, propia en principio para conseguir la independencia de los señores y preparada por sus consecuencias para formar, aunque imperfectamente entonces, la mesocracia, era del todo insuficiente para servir de evangelio a los trabajadores.

Pero bien pronto uno de los discípulos de Lutero, Stork, predicó la libertad moral del hombre a propósito del bautismo, diciendo «que si el cristiano se justifica con la fe solamente, debían todos bautizarse de nuevo, porque cuando recibieron el bautismo eran incapaces de formar acto de fe.»

Este principio de libertad individual se desarrolló en un sistema religioso, político y social, cuyas principales afirmaciones eran: que todo hombre podía hacer descender á su corazón el Espíritu Santo y conseguir el éxtasis profético; que se podía realizar en la tierra el reino de Dios, puesto que todos los hombres eran iguales y ninguno de los poderes dimanados de la fuerza era legítimo; y finalmente, que para conseguir la transformación social y religiosa bastaba el amor recíproco, pues la ciencia no servía más que para perder al hombre por la senda del orgullo y de la ambición.

Estas doctrinas y deducciones formaron el *anabaptismo*. Con el propósito esta reforma de establecer la igualdad entre los humanos, tomó como medida de la personalidad la que encontraba más pequeña; y hallándose con que la inmensa generalidad de los hombres era ignorante, quiso que todos quedaran sometidos á la ignorancia para que fueran iguales. Procedimiento estúpido, mil veces aplicado desde aquel tiempo. La igualdad en la barbarie y en el infortunio, es una igualdad cruel.

¿Por qué, si dos hombres son desiguales, el uno ignorante y sábio el otro, se les ha de igualar en el embrutecimiento? ¿Por qué, si el uno está sano y el otro enfermo, han de quedar enfermos los dos? ¿Por qué, si la desigualdad consiste en que el uno no tiene que comer, ha de establecerse la inhumana igualdad del hambre? ¿Aprende alguien en la ignorancia ajena? ¿Cura á un enfermo la fiebre que otro padece? ¿Acaso el hambre da de comer?

¡Cuánto más natural y justo es buscar y establecer la igualdad haciendo que el ignorante sea sábio, que el enfermo se cure y que el hambriento tenga pan!

Bokold se hizo anabaptista y admitió con ardor los principios de la secta; y conociendo que nadie es profeta en su patria, se trasladó á la ciudad de Munster, donde en breve asoció á las nuevas ideas gran número de sectarios, que se reunían durante la noche á fin de que las autoridades no se apercibieran.

Dotado de un espíritu profundo el sastre de Leide, no tenía el encanto de la palabra, pero sí el acierto de desenvolver sus ideas por medio de la elocuencia ardiente

de Mathias de Harlem, el poeta más amado de aquella Iglesia.

No pasó mucho tiempo sin que las reuniones nocturnas llegaran á conocimiento de los magistrados de la ciudad, los cuales las prohibieron bajo penas diversas; pero los sectarios eran ya tan numerosos y estaban tan decididos y alentados, que inmediatamente recurrieron á las armas y se apoderaron en sublevación abierta de una parte de la ciudad, mientras en la otra se sostenían también en armas los partidarios del obispo, soberano de aquella población.

Al cabo de pocos días vinieron los dos partidos á una concordia, por la cual se permitió á los anabaptistas el libre ejercicio de su religión; pero con la experiencia estos de lo que había sucedido en otras partes á los paisanos, sospecharon que la benignidad del obispo encubría trabajos de armamento y el plan de atacarlos de improviso y castigarlos terriblemente; por cuya razón no dejaron las armas de la mano, reunieron en Munster gran cantidad de víveres, formaron una especie de Senado, confirieron el mando de la fuerza armada á Mathias, y dirigieron una alucación á todos los anabaptistas de las poblaciones próximas. Aunque todo esto sucedía sin practicarse ningún acto de agresión, el obispo, el clero y las clases acomodadas se marcharon de la ciudad, quedando en esta los obreros sólo entregados á su fuerza y á su albedrío.

El primer cuidado de este fué poner la ciudad en estado de defensa: á la voz de los apóstoles todos concurrieron al trabajo, y era sorprendente ver á todo un pueblo ocupado arduosamente en construir fortificaciones, al mismo tiempo que entonaba cánticos religiosos.

Por su parte el obispo tampoco perdía el tiempo. Auxiliado por los nobles vecinos se encontró pronto en disposición de venir á sitiar la ciudad, cuando apenas habían terminado los anabaptistas las fortificaciones; pero aun estaba en marcha con su ejército, y ya Mathias le presentaba batalla á la cabeza de los paisanos más valerosos, consiguiendo una decidida victoria y apoderarse de gran cantidad de despojos.

Murió Mathias al día siguiente de este primer encuentro en el instante de comenzar nuevamente la acción, y los anabaptistas retrocedieron á la ciudad consternados; pero Bokold levantó su espíritu abatido diciéndoles que aquella muerte era una señal de la predilección divina.

Desde este instante principió Juan de Leide á proceder con una autoridad absoluta.

Creuyendo el obispo que con la muerte de Mathias habrían quedado anonadados los plebeyos de Munster, embistió de seguida la ciudad, pero fué rechazado varias veces con pérdida de 50.000 hombres.

Convencido de que era imposible sujetar por la fuerza á sus rebeldes súbditos, resolvió dominarlos por el hambre, y á este fin construyó siete castillos en torno de la ciudad y los llenó de soldados con el encargo único de interceptar las comunicaciones é impedir la entrada de víveres.

Por lo pronto quedaron tranquilos los plebeyos de Munster, y tuvo tiempo Bokold para ocuparse en dar una forma social y política á los principios anabaptistas.

Como hemos dicho, aquella revolución religiosa, tenía

por origen la tendencia reprimida de los plebeyos por conquistar la libertad política, y de los trabajadores por conseguir su emancipación social. Así es que, aunque las ideas místicas llevaban el arrobamiento á aquellos espíritus fanáticos y les producía un delirio vertiginoso, Bokold veía claramente que por mucha virtud que tuviera este alimento del alma, concluiría por ser inútil para el cuerpo, y que era menester realizar asimismo las aspiraciones de aquellos hombres en la doble manifestación política y social.

Pero Bokold, aunque tenía buen sentido práctico, carecía de verdaderas soluciones, y tuvo que discurrir una organización monstruosa, que al parecer satisfacía las exigencias de reforma social, constituyendo un comunismo absurdo, que subsistió en Munster por algún tiempo, merced á las circunstancias excepcionales en que la ciudad se encontraba.

Pero dejaremos para el artículo siguiente la exposición del sistema político y social de Bokold, así como los demás sucesos de su vida y los que le proporcionaron una muerte desastrosa.

RAMON DE CALA.

(Se continuará.)

INSTRUCCION PRIMARIA.

II.

En el estado actual, después de conocer el gran número de españoles que están sumidos en la más crasa ignorancia, hay un punto muy importante que no conviene dejar en olvido; tal es el establecimiento de escuelas de adultos. Es indispensable que los que se avergüenzan de su ignorancia tengan á donde ir á aprender en las horas que les dejen libres sus ocupaciones, y esto exige una organización completa, que indudablemente dará muy buenos resultados.

No somos partidarios de la enseñanza obligatoria; no queremos que se obligue á los que nada saben á acudir forzosamente á la escuela; somos sobrado amantes de las libertades individuales para acudir á un remedio que en nuestro país solo daría resultados estableciendo un sistema de tiranía: pero sí las escuelas de adultos no estuviesen concurridas; así después de demostrar á los pueblos los males que les acarrea la ignorancia, las escuelas quedasen desiertas y continuase como hasta ahora el odio que ciertas provincias tienen á la instrucción primaria, no vacilaríamos en aconsejar el planteamiento de medios indirectos para que la mayoría de los españoles tuviesen que aprender, cuando menos, á leer y escribir.

Todos estamos interesados en que España entre de lleno en la civilización y el progreso; todos deseamos que nuestro país se componga de ciudadanos aptos para regir los destinos públicos; todos somos enemigos de los privilegios, que favorecen á los menos en perjuicio de la inmensa mayoría; todos combatimos á las oligarquías, que tienden siempre al despotismo, y la civilización y el progreso son imposibles en un país en donde la instrucción es mirada con hastío, y los privilegios y las tiranías todas encuentran fácil asiento en donde predomina la ignorancia.

Así, todo cuanto se haga en beneficio de la instrucción lo será en beneficio del conjunto; solo las inteligencias ilustradas pueden comprender y practicar los principios democráticos; la libertad, la igualdad y la fraternidad no hallan cabida entre la superstición, el fanatismo y la rutina, y todos cuantos desean que estos tres grandes principios sean la base en que descansa la sociedad deben lanzar el grito de guerra á la ignorancia.

Pero los defectos que sobre la organización de la instrucción primaria en España hemos apuntado, ni son los únicos ni los principales; otros hay, de los que no dejaremos de ocuparnos.

La instrucción primaria presenta en su desenvolvimiento en España una desigualdad que solo podríamos conocer á fondo teniendo á la mano una buena estadística.

Con esta podríamos conocer exactamente el estado de instrucción de cada provincia y de cada comarca, y estudiar el por qué se ha arraigado y desarrollado en unas, mientras que en otras no ha tomado pie siquiera.

Una estadística completa y que pudiese proporcionar los datos necesarios para el estudio indicado, debería no solo contener la que podemos llamar enseñanza oficial, sino hasta lo relativo á la privada, con distinción de la que está á cargo de asociaciones religiosas. Así podría establecerse una comparación que daría mucha luz.

Pero aun careciendo de estos datos, sin hallarnos en el caso de establecer comparaciones, podemos decir que la enseñanza oficial adolece, además de los indicados en nuestro artículo anterior, de defectos que es urgente corregir, si se quiere que la instrucción primaria adquiera en España un buen desarrollo.

La organización actual adolece de todos los defectos del sistema centralizador y de algunos de la descentralización. Se ha querido adoptar para ella un sistema misto, malo como todos los temperamentos medios. A primera vista parece que la instrucción primaria local está á cargo de los respectivos municipios, pero en realidad estos no tienen más atribuciones que elegir á los maestros dentro de las ternas que les remiten las juntas provinciales, y pagar sus asignaciones y el material de las escuelas.

Encargada del fomento y vigilancia de la instrucción primaria hay en cada población una junta local, que es como si no existiera, y en los más de los pueblos se conoce su existencia por las rémoras que crea y las cuestiones que promueve.

Dentro de este organismo local el maestro no tiene ni autoridad ni prestigio. La población, en su ignorancia, le considera como una calamidad, ya que su asignación grava el presupuesto local; los individuos de la junta le consideran como un inferior suyo, y el ayuntamiento, lejos de darle autoridad, solo estudia los medios de borrar del presupuesto el capítulo de instrucción primaria. De aquí resulta que el maestro, combatido por todos, se ve obligado á un aislamiento constante, y que los niños que oyen en sus casas hablar mal del maestro, ó no lo obedecen, ó no van á la escuela.

Si esta es la base fundamental de la instrucción primaria, preciso es confesar que sobre ella no se levantará nada que sea sólido ni duradero. Es esto como en otros muchos puntos sobre la pobla-

ción está la provincia. Pero las diputaciones provinciales son en este ramo en la provincia lo que los ayuntamientos en la localidad. Las diputaciones pagan las escuelas normales y su material, el presupuesto de las juntas provinciales y algunas otras cosas; pero su acción directa en la instrucción primaria es ninguna, y casi puede decirse que se reduce al nombramiento de la junta provincial, cuerpo puramente consultivo, cuyas atribuciones propias están reducidas á celebrar concursos y oposiciones para la provision de plazas vacantes formando las ternas correspondientes, á conceder licencias á los maestros y á evacuar informes. El verdadero jefe de la instrucción primaria en la provincia es el gobernador, es decir, el representante del poder central, y las grandes cuestiones las resuelven la dirección general y el ministerio, el centro siempre monopolizándolo todo.

Indicando esto, parece que ya no debería decirse nada más para probar que la instrucción primaria lleva el germen de su muerte en su propia organización; pero hay más todavía.

El centro, en su deseo de monopolizarlo todo, ha señalado lo que debe enseñarse así en las escuelas normales como en las elementales y superiores. Pero el centro, que casi siempre ignora lo que pasa en España, no tuvo en cuenta ni la índole ni las necesidades de las diferentes provin-

cias; formó su programa de estudios, sin tener en cuenta, según se ve, para el resultado, ninguno de los datos que le eran indispensables, y así salió ello.

En algunas escuelas normales los profesores han de aconsejar á sus alumnos que estudien por separado otras asignaturas si piensan ejercer el magisterio en la misma provincia, porque muchas de las asignaturas oficiales les serán completamente inútiles. Además, tales son los estudios que se hacen en las normales, tan superficial la enseñanza que por regla general se da en ellas, que, concluidos los estudios, los más de los jóvenes reciben su título creyendo saber mucho, porque tienen la cabeza llena de elementos que no son nada y de una por-

ción de ridiculeces á las que se da el nombre de pedagogía.—Q.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

Las utopías no son más que verdades prematuras.
L. MARTINEZ.

Un día resonó en el espacio un trueno, centelleó en el cielo un relámpago y penetró en un cerebro una idea: Dios había hablado y su palabra se había dejado oír para un hombre tan solo.

—Ese hombre, pobre de riquezas y rico de genio, desde aquel momento de sublime inspiración divina, sintió en sí una fuerza sobrehumana, irguió su cabeza enorgullecida y potente con aquel pensamiento, y corrió á revelar su fuerza á los poderosos de la tierra, pidiendo prestado un buque y ofreciendo como interés de aquel préstamo *un mundo*; pero nadie quería: la ceguera de los tiranos le rechazó llamándole *visionario* y la ignorancia de los pueblos se burló de él llamándole *loco*; palabras que son un pomposo título de gloria para esos en quienes fructifica por primera vez el germen de una idea, y que oponiéndose á la corriente universal que les es contraria en sus esperanzas, y cayendo luego en las garras de la envidia, que les

despedaza después de sus triunfos, pasan á la historia como mártires de la ciencia y como redentores de la ignorancia.

Aquel hombre expulsado de todas partes, á todas partes iba; tenía fé, y la fé es la incontrastable fuerza del espíritu; creyó y salvó su idea; había llegado á un pueblo, y ese pueblo le acogió, le oyó y le protegió; no le dió un buque, pero le dió tres, y aquel inspirado loco surcó el Océano en busca de la locura de su inspiración. Dios hinchaba sus velas con el soplo de su aliento; un ángel iba á su lado sin abandonarle un instante, y él, puesta la mano en el timón, ponía á su vez los ojos en una estrella que le guiaba; muchos días pasaron así y



D. MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

muchas noches corrieron de ese modo; sus compañeros de expedición empezaban á desesperar, viéndose siempre rodeados de bruma y sin que el horizonte se tiñera nunca con el colorido de una tierra; «agua y cielo nada más, decían; volvámos.» Pero él los miraba impávido, miraba la estrella, miraba á su ángel, sentía rechinar sus velas, veía la proa de su barco hender las olas y callaba, pero sin rendirse, en medio de aquel general desaliento.

Cuántas veces al volver la cara para dar el último adiós al camino recorrido contemplaba al sol levantarse periódicamente á su espalda como un navío de fuego que flotaba en las olas, suspendido luego en la perpendicular de su cabeza como el único brillante digno de su corona, y esconderse por fin frente á frente como queriéndole indicar con su propia ruta el ignorado camino, y diciéndole con una voz tan dulce como el crepúsculo de la tarde: «Me ves? Pues por aquí voy á iluminar tierras feraces que me esperan, á calentar terrenos vírgenes que fecundo, y que un milagro de constancia te los va á enseñar á tí, hombre inmortal, orgullo del siglo xv y antorcha imperecedera que brillará por siempre en los anales del génio humano; ¡adiós! sígueme.» Y le siguió, y un día, en efecto, vió aparecer más allá del banprés de su caravela una hada que se recostaba en un lecho de algas en medio del solitario y tumultuoso Atlántico, y que al sentir un ruido inusitado en su alrededor, se había incorporado, y estática miraba aquel aborto del mar.

El viento cesó entonces, y el ángel levantó el brazo, señaló la hada, sonrió y desapareció en el aire como una nube que se deshace; era la esperanza, que se desvanecía ante la realidad. El hombre miró la hada, quiso contemplarla; pero le faltaban las fuerzas y cayó de rodillas al pie de su timón. Dios había medido tan bien el poder del hombre, que bastó para soportar las contrariedades, alcanzó hasta la realización de la empresa, pero se agotó en el momento de la contemplación del prodigio. Era el máximo del poder del hombre; un poco más, y el prodigio solo podía ser realizado por un Dios. Fué la victoria del hombre contra la humanidad. Victoria digna de ser cantada en la epopeya de un Homero que reuniese en sí la inspiración de todos los Homeros de la humanidad.

Ese loco cuerdo, ese visionario sublime, desgarró de este modo el velo de nieblas tras el cual se ocultaba entre la marejada esa hada que se llama América, patria adorada, tierra clásica de la democracia hoy, paraíso del mundo siempre, y que Cristóbal Colón soñó primero y casi creó después ayudado de España, é impulsado por su génio al lanzarse en medio de las olas con solo una estrella por guía, brújula, que como la de Oriente á los Magos, le condujo, haciéndole descubrir el continente más hermoso del planeta, cuando (digámoslo siquiera al final, en desagradio de la historia) tan solo pensaba hallar un nuevo derrotero marcado por la estela de su buque en las azules aguas del Océano.

Cuando Dios quiere empujar la locomotora de la civilización, hincha sus calderas con el vapor del génio, y así, animada esa máquina divina del progreso, horada las montañas del espíritu y salva los obstáculos y precipicios con colosales puentes. El génio de Colón fué el vapor que la dió vida, para atravesar los campos que

entrelazan dos momentos de la Historia; nacido en los finales de la Edad media para descubrir un mundo en los comienzos de la Edad moderna, es el eslabón sublime que une en ese punto la cadena de la humana vida. Hombre creado expresamente para soportar la gigante sensación de ver brotar á sus plantas una ignorada mitad de esta creación que se llama Tierra. Otro corazón que no hubiera sido el que se anidaba en el pecho del inspirado genovés, hubiera reventado de seguro ante la repentina presencia de aquel suelo, que se alombraba de flores para recibirle, que ostentaba laureles para coronarle y que balanceaba sus palmas como el símbolo de su victoria.

Así nació esa *virgen del mundo*, como la llama Quintana, desconocida hasta entonces de la Europa, y que se divisa claramente al otro lado del Atlántico, desde que la sorprendió Colón adormida por el arrullo blando de las brisas y recostada en el espumoso lecho de las olas que forman los dos mayores mares del globo, reclinando su cabeza allá en los témpanos de hielo de uno de los polos, mientras descansaba sus pies en las cuajadas aguas del otro, y á la cual, por una injusticia nunca olvidada y jamás perdonada, ni en la sucesión del tiempo ni en la extensión del espacio, se le da por nombre *América*.

MANUEL ELIZABURU.

LA ELECTRICIDAD.

I.

Remontando el pensamiento á la primitiva edad, se mide la enormidad del primitivo tormento. Comienza el hombre, sintiendo de libertad y de ciencia, dotado de inteligencia, su camino por el mundo, y su deseo profundo agítase en la impotencia.

Un rayo de luz divina desciende hasta su cabeza, y comprende su grandeza y su misión divina. A su perfección camina, en su sentir se recrea, y para que parto sea del talento su pensar, tiene que comunicar al hombre su grande idea.

Empero el hombre, su hermano, que el aviso necesita, por necesidad habita un continente lejano. Al ingenio soberano del hombre, diques ofrece la distancia, que parece encerrar su pensamiento en el fatal aislamiento donde la idea fenece.

De aquella necesidad, de aquel vehementemente deseado, resulta el primer correo que cruza la inmensidad. Prosigue la humanidad incansable su camino, guiada por el divino sendero de la razón, y la civilización va alumbrando su destino.

Mas camina lentamente á su perfeccionamiento,

y es porque su pensamiento
trasmite difícilmente.
De los siglos la corriente
arrastra generaciones,
y en sublimes afecciones
que elevan al corazón...
quieren realizar su unión
los hombres y las naciones.

II.

Aquel clamor incesante
de las edades pasadas,
aquellas quejas fundadas
del que se vía distante,
oyó nuestro siglo, amante
de la humana redención...
y á la gran revolución
dió cima con arrogancia...
borrando toda distancia
desde región á región.

Nel hombre el génio fecundo
que eternos templos se labra,
vino á esparcir la palabra
por los ámbitos del mundo.
Un eco de amor profundo
que la armonía pregona
á los pueblos eslabona;
y rápido como el viento,
Morse (1) lleva el pensamiento
humano... de zona á zona.

III.

No hay distancia ni frontera
que ataje á la Humanidad.
Veloza la electricidad
cruza la azulada esfera,
al paso—¿quién lo creyera!—
que á perfeccionar camina
el arte, la medicina,
y cuanto en el mundo alienta;
pues parece que fermenta
en la Creación divina.

No, no era mentido sueño
aquel ideal grandioso:
que el ser humano, coloso
del mundo, y del mundo dueño...
para conseguir su empeño,
en aras de su grandeza
supo domar la fiera
de elementos ineluctables...
encauzando las corrientes
de la gran naturaleza.

El siglo marcha veloce
y su ilustración pregona:
«El arte, el arte corona,
el mundo se reconoce...
y ya el hombre no conoce
otra ley ni autoridad
que la suprema verdad
resultante de la ciencia...
cuando el alambre evidencia
lo que es la electricidad.

F. FLORES Y GARCÍA.

D. MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

Hoy que se ha colocado en Gerona la primera piedra
en el panteón del ilustre defensor de la heroica ciudad,
que supo enterrarse en sus escombros primero que
ceder ante el audaz extranjero, creemos de gran oportu-
nidad publicar el retrato y reseñar la vida de este noble
veterano, emblema fiel de la independencia y libertad de
nuestra querida España.

Nació D. Mariano Alvarez de Castro en la ciudad de

Granada el 8 de Setiembre de 1749, hijo de D. Francisco
y doña Apolonia Lopez.

Débil y enfermizo entró á servir en clase de cadete
en 1768 en los reales Guardias de infantería española y
estando de alumno en la Academia de Barcelona pidió
ir á la guerra de Argel, no pudiendo conseguirlo: as-
cendido á alférez en 1778, tomó parte en la desgraciada
empresa de recobrar á Gibraltar, y hallándose en los
trabajos del sitio en el campo de San Roque, supo la
triste noticia de haber muerto su adorada madre: en
atención á su dolor le mandaron retirar, pero Alvarez
se negó, sufriendo impasible aquel *diluvio de hierro*,
como él decía.

Teniente en 1783, poco despues obtuvo el grado de te-
niente coronel, siendo nombrado maestro de la Aca-
demia que fundó en Madrid su coronel el duque de Osuna,
hasta 1793, en que tomó parte en la lucha con Francia,
dispersando una columna de quinientos hombres en un
rudo ataque á la bayoneta, con solo su compañía.

Coronel en 1794 y brigadier el 95, marchó en 1808 á
combatir en Cataluña contra el ejército francés.

Al salir de Madrid para Barcelona dejó á sus herma-
nas la administración de sus bienes: nombrado gober-
nador del castillo de Monjuich, hubo de entregarlo de
orden superior, y rechazando las pomposas ofertas de
los franceses, corrió á unirse á la vanguardia del ejér-
cito que combatía en el Ampurdan, donde mostró una
vez más su heroísmo, que le valió el ser nombrado por
la Junta suprema, gobernador de la plaza de Gerona
(1808), cuya ciudad marchó á inmortalizar al mismo
tiempo que su nombre, pues hoy puede decirse que
forman uno tan solo.

Doce mil hombres eran necesarios para cubrir las for-
tificaciones, y Alvarez recibió 5.000, enfermos, sin armas
y diezmados, para oponerse á los treinta mil de Ange-
rean y Saint-Cyr: no se abatió por esto y declaró á la
ciudad que *pasaría por las armas á todo el que hablase
de capitular ó rendirse*, diciendo al parlamentario fran-
cés: *No quiero tratar con los enemigos de mi patria: decid
á vuestro general que en adelante recibirá á metrallazos
á vuestros emisarios.*

Gerona entusiasmada se aprestó á la lucha: Alvarez
organizó siete compañías apellidadas *Cruzada gerun-
dense*, de las cuales dos las formaban clérigos, y la de
Santa Bárbara, compuesta de mujeres.

Pasados doce días de un bombardeo horroroso, de-
cidióron los franceses apoderarse del castillo, defendido
por D. Guillermo Nash con 900 hombres, y despues de
dos meses de trabajos, perdieron tres mil hombres para
ocupar un monton de ruinas, si bien á nosotros nos costó
ocho oficiales y quinientos once soldados.

Desde el castillo hostilizaban á la ciudad, pero Alva-
rez los molestaba con sus continuas salidas: en una de
ellas un oficial le dijo:

—¿A dónde me acogeré en caso de retirada?

—Al cementerio; contestó el bizarro Alvarez.

El general Conde logró introducir en el mes de Se-
tiembre un convoy y tres mil doscientos ochenta y siete
hombres; pero la situación era horrorosa: la carne de
caballo y los animales más asquerosos se consideraban
como el manjar más delicado, y Alvarez, cumpliendo su
promesa, recibía á cañonazos á los parlamentarios.

Alvarez dejó su sueldo y entregó cuanto poseía; pero

(1) Inventor del telégrafo eléctrico en 1832.

la situación ¡aun! empeoraba: los centinelas caían muertos: no había hospitales y faltaban las medicinas y hasta la luz: los heridos y apastados formaban altas pirámides; los edificios caían con estrépito y el dolor era general: uno solo habló de capitulación y Alvarez le replicó con noble energía: *«Con que Vd. es aquí el único cobarde? Pues cuando no haya otra cosa, nos comeremos á Vd. y á todos los de su ralea. Pero esto era poco, y Alvarez, á pesar de los ocho meses de sitio y de los diez mil cadáveres, hizo publicar el siguiente histórico bando:*

«Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos que las que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre el los venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

En tal situación, sin defensores, sin murallas, Alvarez escribió á su hermana, que se hallaba en Soria: *«No sé cuál será mi suerte, porque su Divina Magestad me quiere probar con mis males: no he querido salir porque mi honor me manda morir en estas ruinas. Blake no me socorre, pero Dios y mi brazo me socorrerán y tu hermano será leal y honrado hasta la muerte.»*

Prostrado de la fiebre, tomó el Viático, y encargado de la plaza el teniente de rey D. Juan Bolívar, Gerona se rindió por fin con la más honrosa de las capitulaciones; pero no Alvarez, á quien los franceses, sin respetar los nombramientos de mariscal y teniente general, que recibió durante el sitio, le quitaron todos sus ayudantes, dejándole solo á D. Francisco Satué, y en una calesa le condujeron á Perpignan, encerrándole en un inmundado calabozo del *Castillet*, á cuya vista exclamó Alvarez: *«Es este el sitio correspondiente á un general? ¿Y son ustedes los que se precian de guerreros?»*

Aquellos miserables esbirros del tirano francés le quitaron á su ayudante, y solo, de cárcel en cárcel, le trasladaron á un lóbrego calabozo situado en las cuartas del castillo de Figueras, cerrado por una verja y con una lámpara negra, en la cual se lee: *Murió envenenado en esta estancia el 22 de Enero de 1815 el gobernador de Gerona D. Mariano Alvarez de Castro, cuyos heroicos hechos vivirán eternamente en la memoria de los buenos.* Destruída el año 22 por el duque Corregliano, fué restablecida el 24. El que estas líneas escribe ha visitado diferentes veces aquel triste lugar, y á pesar de que las señales impresas en su cuerpo denunciaban que Alvarez fué ahogado miserablemente, no vacila en recordar que, según la tradición que de antiguo se conserva en Figueras, el heroico defensor de Gerona fué muerto... de sueño, habiéndose colocado centinelas á su lado, que con las aceradas puntas de sus bayonetas, le impedían todo descanso.

La vida de Alvarez, escrita por su ayudante Satué, es una relación conmovedora, y el general Haro, testigo presencial, en su *Relación histórica* de las defensas de Gerona (1820), describe de este modo á Alvarez:

«Era de estatura mediana, de color moreno, ojos vivos, modesto, de mediano talento y poca instrucción, pero con grandes cualidades de mando: caballeroso, desinteresado y sereno en el peligro: durante el sitio no habló más que de la defensa con una firmeza de alma que le igualaba á Bruto y Catón: tan solo cometió una falta, que fué no salir cuando le avisó Blake que no podía socorrerle; pero no era dado á su carácter variar, y

debe servir de modelo á todos los militares, para que aspiren á imitar sus grandes y eminentes virtudes.»

Cuando el general Castaños mandó colocar la lámpara, escribió al ministro de la Guerra: *«He mandado que nada se toque del interior lóbrego y horroroso de aquella estancia inmundada, canchalecida con muerte tan preciosa.»*

La Junta suprema de España declaró á Gerona, sus habitantes y guarnición, beneméritos de la patria en grado heroico y eminente, con nobleza personal para sí y sus sucesores.

Dió un grado á los oficiales y elevó á sargentos á los soldados.

Pensionó á las viudas y huérfanas; declaró libre á Gerona de contribuciones por diez años; mandó levantar un monumento; colocar una inscripción en todas las capitales con las circunstancias más heroicas del sitio, y acuñar una moneda para sus defensores.

A todo esto y aun á más son merecedores la inmortal Gerona y su heroico defensor D. Manuel Alvarez de Castro.

Lisoso.

LA VENDIMIA.

II.

Para ser francos debemos confesar que habíamos pensado no añadir ni una sola palabra al artículo que últimamente hemos dedicado á la vendimia; mas al releerlo hemos reconocido que dejándonos arrastrar demasiado de una sola idea, la de insistir sobre la necesidad de que no se vendimien otros racimos que los perfectamente sanos y maduros, demostrando hasta con exceso los inconvenientes de la práctica contraria, hemos cometido algunas omisiones, y la materia es de bastante importancia y magnitud para que, ya que no digamos respecto de ella cuanto puede decirse, porque esto sería pesado é inútil, no olvidemos nada esencial, sea en cuanto á la misma cuestión de la madurez de los frutos, sea con relación á otros puntos importantes.

Hablando de la madurez y fijos únicamente, lo repetimos, en combatir á los que desconocen las ventajas que resultan de que el vino esté hecho solo con uvas bien sazonadas, hemos mencionado el mejor medio de obtenerlas, que es deshojar oportunamente las viñas, con objeto de que las hojas no hagan sombra á los frutos y el sol bañándolos bien active su sorna; pero como este procedimiento es costoso, debemos indicar otro que sin gasto alguno conduce al mismo resultado, con notable mejoría en la calidad y duración de los vinos.

Los caldos de las cepas del Rhin, que con tanta estimación se venden, sin otra causa que el esmero con que se elaboran, son producidos por frutos que apenas tienen azúcar y que puede dudarse si maduran, lo cual se nota más en el sabor del vino que de ellos resulta. Por otro lado las regiones todas que el dicho río baña y que ocupan esas cepas son en extremo húmedas, porque llueve mucho y porque, aun en las temporadas en que la lluvia es escasa, las condiciones especiales del terreno mantienen la atmósfera constantemente saturada de agua.

Sin embargo, los cosecheros rhenanos consiguen una

madurez relativa y nada costosa que asegura larga vida á sus vinos, disfrutando la vendimia hasta que el otoño ha despojado de hoja á las vides. Entonces el sol acelera la sazón de las uvas evaporando el exceso de agua que contienen, y que dejado en ellas contribuiría á que el vino careciese de toda sustancia y aroma.

No vemos ninguna dificultad para que los cosecheros españoles procedan lo mismo que los rhenanos, y retrasen el momento de la vendimia en vez de acelerarlo como acostumbran, hasta que privadas las cepas de pámpanos, los racimos den muestras de estar bien maduros y aun algo enjutos.

Solo el temor de perder la cosecha á consecuencia de lluvias otoñales abundantes y repetidas obliga á los viticultores alemanes á precipitar la vendimia: los españoles deberían imitarlos, y conseguirían que los vinos generosos, igualmente que los de pasto, ganasen en sabor y duración, siendo innecesario prestarles con adiciones de alcohol algun gusto y una fuerza que los hace perjudiciales á la salud, dañosos á las costumbres, porque al perturbar el organismo trastornan la razón, y que limita el consumo, impidiendo que el beberlos en cualquiera cantidad sea un placer inofensivo.

Decía un francés muy conocedor, pues se ocupaba en colocar en el extranjero vinos de su país, que no había vino tan barato como el de España, porque con un cuartillo de Valdepeñas, que vale doce cuartos, y una jarra de agua, se hacen cuatro ó cinco cuartillos de una bebida que, á pesar de la mala fabricación del vino y de estar adulterado con mal aguardiente, que ni siquiera se procura deje de ser anisado, lo cual da un pésimo sabor, vale más que todos los vinos comunes del mundo y que muchos de los que se consideran superiores: lo único que debe deplorarse, añadia, es que, no obstante la mezcla del agua, el alcohol agregado con exceso acaba por subirse á la cabeza y entumecer el estómago, causando un malestar que impide beber sin peligro todo lo que el paladar quisiera.

Este extranjero tenía razón; mejor que dar grados al vino ya hecho con los residuos de la destilación, sería elaborarlo de suerte que su fortaleza le fuese propia y procurada desde la primera hasta la última de las operaciones que para fabricarlo se efectúan.

La vendimia, hecha según queda expuesto en el artículo anterior y en este, contribuiría no poco al resultado apetecido, y los cosecheros que sigan nuestras indicaciones en cuanto á la recolección, y las demás que luego daremos, se convencerán de lo útil que les ha sido seguir las al ver sus bodegas llenas de vinos añejos sin alteración y estimados por los consumidores, en lugar de líquidos siempre turbios, corrompidos y de escaso valor.

Algo parecido á lo que verifican los vinateros del Rhin, hacen nuestros productores de los exquisitos caldos del Mediodía, solo que, en vez de esperar á que la parra se caiga agostada, enjagan el racimo despues de vendimiado, exponiéndolo al sol, tendiéndolo ó colgándolo. Quizá las consecuencias sean las mismas por un sistema que por otro: nosotros desde luego encontramos preferible el de atrasar la vendimia, en tanto que la falta de aguas lo consienta, ya que no por otro motivo, porque es lo más económico, mientras que el asoleo es lo más costoso. De otra parte las uvas de las vides meridionales tienen una carne dura y resistente, que permite solear-

las tendidas sin cuidado de que se deterioren. Los frutos del resto de España son de ménos consistencia, más acuosos y de hollejo tan poco tenaz, que extendidos en el suelo al momento se desgarrarían y estropearían. La mejor manera de conservarlos es en la cepa, sosteniendo las ramas de esta con rodrgones para que los racimos no toquen á la tierra, y en tal situación aguardar una sazón perfecta.

Esta poca resistencia que en general poseen las uvas del centro y Norte de España, y sobre todo en el estado en que comúnmente se recolectan, nos obliga á rechazar otra práctica con que erróneamente pretenden algunos cosecheros aumentar el azúcar de las uvas y suplir su falta de madurez. Para lograrlo así amontonan en los lagares grandes masas de racimos que permanecen dos ó tres días mosteando y entrando en descomposición. Ya hemos dicho que en el lagar solo debe entrar lo que en el día pueda pisarse ó muy poco más; ni el pretexto de completar la madurez, ni el de acrecentar el color autorizan para creer que de frutos resudados y abiertos por el peso que soportan, que empiezan á fermentar y que se cubren exterior é interiormente de los vegetales microscópicos, signo de la putrefacción; puede obtenerse un caldo sano, duradero y aromático.

El vino de sabor y olor agradables tiene que hacerse con uvas tan enteras y secas como sea posible, y que conserven toda su flor, ó la mayor parte de ella. Las uvas tendidas ó colgadas al sol ó á la sombra se enjagan y dan vinos escasos de agua. Las uvas amontonadas se enmohecen y debrevan y producen vinos sin sustancia ni calidad.

No ménos que el no amontonarlas en los lagares, contribuye á que las uvas se conserven enteras y limpias el conducir las con cuidado desde la viña al lagar. En España se hace la conduccion, como todo lo demás, de cualquier modo. Se llenan de racimos apretados toscos cestos, cuya boca, más ancha que el fondo, deja que unos encajen en otros y se llenan con ellos carruajes que, además de marchar por caminos intransitables, tienen un movimiento malísimo. La consecuencia es que cuando los cestos llegan al pisadero, muchos de ellos, en particular los inferiores, solo contienen una masa informe, una pasta que ha perdido lo mejor de su jugo y dispuesta á entrar inmediatamente en descomposicion.

Es de absoluta necesidad que los cosecheros, ya que no puedan ni hacer caminos nuevos á su costa ni variar en un solo día los vehículos de que se valen, adopten, siquiera sea paulatinamente, ciertas mejoras, cuyos beneficios sacarán en seguida.

Los productos de la vendimia deben colocarse sin apretarlos en cestos ó espuertas tan limpios y secos como se pueda, y ser conducidos á brazo hasta los carros, que esperarán en aquellos puntos desde los cuales sea fácil llegar á los pisaderos sin que el fruto sufra grandes sacudidas. Cada carro debe llevar dos ó tres grandes cubas abiertas y cilíndricas donde se vierta el contenido de los cestos, y que se descocuparán cuidadosamente en el lagar. Claro es que en el trasporte han de estropearse algunos racimos; pero desde luego, procediendo como decimos, el deterioro será el menor que quepa y el vino lo ganará, que es lo que importa, para que el cosechero acrezca tambien sus utilidades como nosotros deseamos.—NAZARIO DE JOSS.

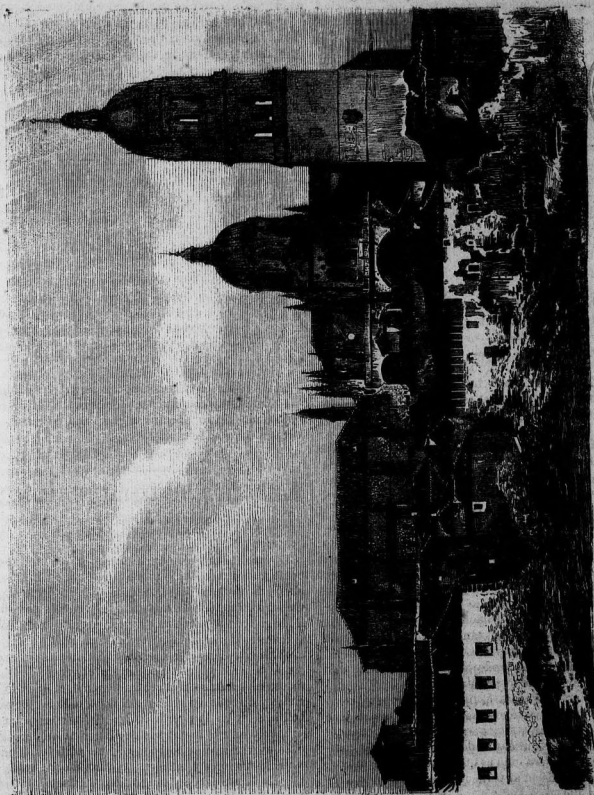
TEATROS.

Español: *La mosca blanca*, *Un almuerzo para dos*, *El barómetro*.—
Zarzuela.—Circo.

La primer obra nueva que se ha estrenado en el teatro Español ha sido *La mosca blanca*; comedia en tres

actos, original, según dice el cartel, de D. Eusebio Blasco.

Oportuno ha estado el autor en advertir al público de la originalidad de su obra,—cuyo argumento no falta quien crea imitado de una novela francesa,—puesto que *El pañuelo blanco* resultó ser la misma obra que con el



CATEDRAL Y UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

título de *Un capricho* se estrenó en el lindo teatro de Variedades.

Careciendo nosotros de datos suficientes para afirmar

ó negar la originalidad de *La mosca blanca*, pasemos á reseñar su argumento á nuestros estimados lectores.

Matilde, joven sin fortuna, se ha unido en matrimonio

á D. Ramon, hombre anciano y riquísimo, hermano de un D. Aniceto que, á pesar de su falta de ilustracion, aspira y logra obtener una embajada.

Su hija Elisa, niña frívola y coqueta, ama á un capitán de infantería y gran seductor, llamado Fernando Sandoval, con quien su padre se niega á casarla; Sandoval enamora á Matilde, y por efecto de una casualidad logra entrar en el círculo de esta familia, substituyendo á un amigo enfermo en el papel que este debía representar en una fiesta teatral dada por D. Ramon, para solemnizar el cumpleaños de su esposa.

Federico, amante desdénado de Elisa, es el que cándidamente introduce al seductor Fernando, quien aprovecha todas las ocasiones para hablar de su amor á Matilde, llegando hasta amenazarla con el escándalo, y procurando hacer creer á toda la sociedad que esta le ama.

Matilde para salvarse apela á un recurso supremo, cuál es amenazar á Fernando con propalar en sus salones una horrible calumnia contra su madre, y Sandoval aterrado, declara ante la reunion que ha venido por Elisa, á quien ama, y cuya mano pide á D. Aniceto; pero Elisa, que celosa de su tia y de Fernando se ha reconciliado con Federico, se niega, llegando á levantar la voz para nombrar á la mujer á quien Sandoval adora, cuando una señora baronesa, que toda la noche ha suspirado por un amor oculto, se desmaya, y la reunion cree, ó mejor dicho, *finge creer*, que es ella el amor de Sandoval.

Como nuestros lectores ven, esta obra no se distingue por la novedad; los caracteres son falsos y mal sostenidos, pues la virtuosa Matilde tiene momentos, sobre todo en el acto segundo, en que parece sentir tener que ser honrada, dudando en rechazar á Sandoval y confesándole que se casó por agradecimiento, que su marido es viejo y tonto y que, lejos de amarle, tan solo le *estima*. El tipo de Fernando es demasiado atrevido y no demuestra ser gran seductor, pues no es el mejor camino la amenaza para lograr el amor de una mujer; y en cuanto á su célebre frase: *la calumnia es como el carbon, que si no quema mancha*, no es original del Sr. Blasco, sino del autor de la preciosa comedia *Oros son triunfos*.

Federico es un joven tan cándido, que á pesar de conocer el gran amor de Elisa á Fernando, y debiendo sospecharlo todo de un hombre tan seductor, no duda en casarse con ella y creer que le ame hoy la que ayer le despreció.

Es inverosímil que el marido y los amigos nada sospechen cuando al besar Fernando la mano de Matilde esta se desmaya, y más aun, que un marido tan amante y unos parientes y amigos tan cariñosos, abandonen á la enferma y dejen que Sandoval torne á penetrar solo en la habitacion donde quedó Matilde.

El público no se explica el tipo de la baronesa, completamente inútil, verdadero maniquí, que durante toda la noche solo hace reir, y que el autor utiliza, ¿cuando? en la situacion más dramática de la obra; y nadie comprende que sea á Fernando al que ame cuando ninguna sorpresa manifiesta al verle en el acto segundo, creyendo todos que sea á Federico, de cuyo brazo pasea toda la noche.

No podemos menos de rechazar que Elisa llegue á levantar la voz hasta deshonrar á su tia, debiendo su salvacion Matilde al ridículo desmayo de la baronesa.

El título de la comedia no tiene otra relacion con la obra que decir Matilde al final que, segun ciertos hombres, es más difícil hallar una mujer honrada que una mosca blanca.

En resumen: la obra no pasa de mediana, y conviene que el Sr. Blasco recuerde lo dicho por un célebre escritor de que *no es bello lo que no es moral*; que estudie detenidamente el plan de sus obras; que no se remonte á ciertas alturas ni describa determinadas sociedades, y que no lo fie todo al chiste y á la ejecución. El desempeño de la obra ha sido perfecto, pues las señoritas Beldun, Mendoza-Tenorio, señora Valverde y los Sres. Morales, Calvo, Mário y Alisedo se hicieron justamente acreedores á los aplausos que el público les tributó.

El juguete en un acto *Un almuerzo para dos*, del señor Collado, obtuvo un lisonjero éxito, á pesar de ciertos chistes de un verde un tanto subido; pero la gracia y el talento de Pepita Hijosa, secundada por las señoritas Mendoza-Tenorio y Alvarez y de los Sres. Pizarroso, Morales y Maza, hicieron olvidar al público las faltas de la obra para aplaudir el talento de los artistas.

El éxito de la nueva comedia en un acto, *El barómetro*, no ha pasado de regular.

En la *Zarzuela*, despues de *Ali-Babá*, se han representado dos obras del repertorio. *La cisterna encantada* y *El sargento Federico*, y se anuncia la salida de la señora Istúriz con *El lugar con fuego*.

El *Circo* abrirá sus puertas con la preciosa comedia del teatro antiguo *Amantes y Celosos*.

El lindo teatro *Martin* sigue cada vez más concurrido.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

UNIVERSIDAD Y CATEDRAL DE SALAMANCA,

VISTAS DESDE LAS RUINAS DE SAN VICENTE.

La catedral de Salamanca es una iglesia suntuosa de estilo gótico moderno. Comenzó la obra en 1513 siendo obispo D. Francisco de Bobadilla, y fué ordenada por el maestro Juan Gil de Ontañon y ejecutada por su hijo Rodrigo, con aprobacion del gran arquitecto de Toledo, el maestro Covarrubias, y terminó en 1734.

El templo tiene ciento setenta y ocho pies de largo y ciento ochenta y uno de ancho sin el grueso de las paredes; las columnas del centro tienen doce pies de diámetro y diez las del crucero: el trabajo de la portada es bellísimo, y en la puerta de las Palmas se representa en medio relieve la entrada de Jesucristo en Jerusalem.

La universidad se compone de dos edificios, llamados escuelas mayores y menores, y duró la obra desde 1415 á 1433: la portada es magnífica, de gusto plateresco, con infinidad de labores y bajo-relieves de bellísimo gusto; en esta universidad se conservan cuadros de los más renombrados artistas, y en ella han estudiado los hombres más sabios y eminentes, desde fray Luis de Leon al gran Quintana.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

¡Cómo me palpitaba el corazón al verlos! ¡Cuánto me hubiese alegrado poder reunirme á ellos! Desgraciadamente me esperaba mi tío y volví á casa pensando en aquel espectáculo. Durante la comida no me abandonó ni un segundo la idea de correr en el prado; pero me guardé mucho de decirlo á mi tío, porque siempre me prohibía deslizarme por la nieve á causa de las desgracias que podían ocurrir. Al fin se marchó á visitar al señor cura, que se quejaba del reumatismo.

Esperé que desapareciera por la calle, en seguida silbé á Escipion y eché á correr como una liebre hasta la calle de los Acebos. El perro venía brincando detrás de mí y no nos detuvimos hasta aquella callejuela que estaba llena de nieve.

Esperaba encontrar á todos mis compañeros en el prado, pero se habían marchado á comer y lo ví desier-to cuando volví la esquina de la iglesia. Tuve, pues, que jugar solo, y como hacía frío, al cabo de media hora me cansé.

Ya me volvía al pueblo, cuando Hans Aden, Frantz Sepel y otros dos ó tres, con las mejillas encarnadas, el gorro hasta las orejas y las manos en los bolsillos, desembocaron por los vallados cubiertos de escarcha.

—¡Calla! ¿eres tí, Fritzle? me dijo Hans Aden. ¿Te marchas?

—Sí; me he estado deslizando, y mi tío no quiere que lo haga: me marchó.

—Esta mañana me he roto este zueco en el hielo, dijo Frantz Sepel, y mi padre lo ha compuesto. Mirad.

Levantó el pié y nos enseñó el zueco, al que habían colocado una tira de hoja de hierro al través, con cuatro clavos de cabeza gorda. Todos nos reímos, y Frantz Sepel exclamó:

—Esto no es cómodo para deslizarse. Mirad, iremos en trineo; subiremos al Altemberg y bajaremos como el viento.

Tan magnífica me pareció la idea de ir en trineo, que ya me veía en él, bajando la cuesta, pateando y gritando con voz que llegaba á las nubes: *¡Himmels farth!*

¡Himmels farth!
Sentía vahidos.

—Sí, dijo Hans Aden; ¿pero cómo procurarnos trineo?

—Dejadme á mí, contestó Frantz Sepel, el más travieso de todos. Mi padre tenía uno el año pasado, pero estaba tan carcomido, que lo ha quemado la abuela. Pero no importa, venid.

Todos le seguimos llenos de dudas y esperanzas. Al bajar la calle Mayor nos deteníamos delante de todos los cobertizos y mirábamos con ávidos ojos los *schilittes* (trineos) colgados del techo.

—Ese es hermoso, decía uno, todos cabríamos en él.

—Sí, contestaba otro, pero sería muy pesado para subirle por la cuesta; es de madera verde.

—¡Bah! ya le tomaríamos si maese Catzlg nos lo quisiera prestar; pero es un avaro; guarda su trineo

para él solo, como si se desgatasen los *schilittes*.

—¡Venid y no os detengais! gritaba Frantz Sepel, que continuaba delante:

Y todo el grupo se ponía en marcha. De tiempo en tiempo miraban á Escipion que venía á mi lado.

—Tienes un perro muy hermoso, decía Hans Aden; es francés; estos perros tienen lana como los corderos, y se dejan esquilár sin hacer nada.

Frantz Sepel aseguraba haber visto el año anterior en la feria de Kaiserslantern un perro francés con anteojos y que contaba hasta ciento sobre un tambor. También adivinaba todas las cosas, y la abuela Ana pensaba que debía ser hechicero.

Escipion se paraba y nos miraba cuando hablábamos. Yo estaba orgulloso de él. Karl, el hijo del tejedor, decía que si era hechicero podría hacernos encontrar un *schilitte*, pero que en cambio tendríamos que darle el alma, y ninguno de nosotros quería dársela.

Hablando así, íbamos de casa en casa, y acababan de sonar las dos en la iglesia, cuando pasó el Sr. Richter en su trineo, gritando á su descarnada yegua:

—¡Vamos, Morena, vamos!

El pobre animal estiraba el cuerpo, y el Sr. Richter, contra su costumbre, parecía contento. Cuando pasó delante de casa del carnicero Sepel, le gritó:

—¡Buena noticia, Sepel, buena noticia!

Crujía el látigo, y Hans Aden dijo:

—El Sr. Richter está algo achispado; habrá encontrado por ahí vino grátis.

Todos soltamos la carcajada, porque todo el pueblo sabía que el Sr. Richter era un avaro.

Habíamos llegado al extremo de la calle; delante de la casa del Sr. Adam Schmitt, antiguo soldado de Federico II, que recibía una pensión muy corta, pero con la que le bastaba para comprar pan, tabaco, y de tiempo en tiempo *schnaps* (aguardiente).

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

Cuando este número llegue á manos de nuestros lectores, en el Congreso de los diputados se habrá librado una descomunal batalla entre *corrilistas* y *sagastinos*, los cuales van á disputar con tenaz empeño, no una reforma radical, no una medida de grandísima importancia, no un proyecto de interés general, sino pura y simplemente el sillón presidencial, y así como los antiguos caudillos recogían un rico botín de la victoria y uncían á su triunfal carro multitud de esclavos, hoy los despojos del vencedor se compondrán de la célebre campanilla, el famoso sillón y los históricos maceros.

La mayoría está citada para el 30, día en que, según sus *intimos*, llegará á Madrid el *segundo ciudadano de Logroño*, y los *fronterizos*, los *cangrejos* y los *palomos tomadores* le preparan un entusiasta recibimiento.

Y á propósito de *recibimiento*, cada día llegan nuevas y más curiosas noticias sobre la excursión amadeista.

Segun *La Política*, los *discretos* progresistas de Gerona colocaron un gran tarjetón, que decía:

Viva el más legítimo rey de España.

Alfonsinos y carlistas se apresuraron a felicitarles en nombre de los suyos respectivos, y ellos, corridos de vergüenza, tuvieron que quitar el tarjetón.

El corresponsal de *El Tiempo* escribe que las dos grandes ceremonias que debían perpetuar su venida se agnaron, pues en la iglesia de San Narciso, señalada para colocar la primera piedra en el panteón del general Alvarez, solo encontró al sacristán; y D. Joaquín de Pástor, dueño de la casa en que debía colocar una lápida en la habitación de Alvarez, no se encontraba en ella; la carta termina así: *to que hemos visto ha sido una fiesta de calle y mucho de Carnaval; si D. Amadeo no es monarca, lo que ha visto le habrá probado que los gerundenses no son amigos sino enemigos del dominio extranjero.*

El Eco de España dice que en Lérida hizo su entrada triunfal en una carretela desvencijada, seguida de un ómnibus de la estación y de un carro tolidado, y que una señora le ofreció una corona de flores de mano de las que adornan por Pascua las cajas de mazapan.

Este mismo diario anuncia que al recaudador de contribuciones de Tarragona se le concede el título de marques de *la Carluja*; en cambio, según *El Tarraconense*, se ha procedido a desarmar a los voluntarios de la línea de Montblanch, que no acudieron a recibir a D. Amadeo.

¡Y aun se dirá que no somos liberales!

Gran noticia: según *La Iberia*, *no es español quien no piense como ella*; la exigua fracción que rodea a *La Iberia*, su falta de prestigio y de suscripción nos relevan de toda respuesta. Más adelante añade: *Progresistas siempre; el que se salga de nuestro partido, no nos hace falta. El Imparcial, La Revolución, La Constitución* y toda la prensa democrática han recogido la alusión, y no tardará mucho *La Iberia* en entonar el *yo pecador*; por último, y con cierto aire melodramático, exclama:

«En el terreno de las ideas nosotros estaremos siempre en la brecha; en el terreno de las *personalidades* jamás se encontrará *La Iberia*.»

Con efecto, su primer director y propietario, con una abnegación imponderable, subió a la poltrona ministerial dispuesto a no soltarla hasta que de ella le han arrojado: el co-propietario de *La Iberia*, Sr. Abascal, ha sido director general de los bienes del Patrimonio; su primer director, Sr. Massa y Sanguinetti, gobernador de Burgos; el segundo, Sr. Carratalá, oficial primero del ministerio de la Gobernación, y el tercero, Sr. Balaguer, director general de Comunicaciones. ¡Tiene razón nuestro colega: a *La Iberia* jamás se la encontrará en el terreno de las *personalidades*!

A la reunión convocada por doña Isabel de Borbon en el palacio Basilewski asistieron setenta notabilidades políticas, acordándose el plan de educación que debe darse al ex-príncipe Alfonso, y según los últimos telegramas recibidos, parece que se ha firmado un tratado de reconciliación entre doña Isabel y el duque de Montpensier, inspirado por Cristina. Ello dirá.

Hé aquí la carta de nuestro corresponsal acerca de la entrada de D. Amadeo en Zaragoza:

«Acaba de entrar D. Amadeo, acompañado de bastante tropa y de unos 24 ó 30 carruajes de alquiler con las comisiones de los ayuntamientos de los pueblos—á los cuales se les ha obligado a venir—la de Zaragoza la componen dos republicanos y un monárquico, y detrás ciertas gentes, que por decoro no queremos nombrar, dando vivas, á los que nadie contesta, ni aun la tropa: D. Amadeo iba pálido y algo triste.»

Lo comprendemos; con ciertos progresistas no se puede ir contento ni al Paraíso. *La Política*, con esa gracia que la distingue, y en vista de los telegramas en que todo es indescriptible, dice que de hoy más los progresistas no deben llamarse progresistas-monárquicos, sino progresistas *indescritibles*.

Según carta autorizada que hemos recibido de Almagro, gracias á los manejos de ciertos progresistas, el presidente del comité republicano de aquella ciudad se ha vendido al gobierno por un cargo de los más tristes que pueden ejercerse, pero el más digno para pagar tan grande apostasia: hé aquí la carta-circular dirigida por este nuevo tráfuga á varios amigos:

«Sr. D... Muy señor mío: Por real orden fecha 19 de Agosto último he sido nombrado *Investigador principal de esta provincia*, cuyo destino tengo la satisfacción de ofrecer á Vd.»

Este nuevo apóstata se llama José María ABELEDA.

El estado de nuestro leal amigo y querido colaborador Adolfo Joarizti inspira serios temores: deseamos su pronto y completo restablecimiento.

Los bonapartistas conspiran en Francia. Según la *Liberté*, los presos gravemente comprometidos que están en Versalles son: 229 polacos; 131 italianos; 73 rusos; 42 alemanes; 27 suizos; 11 españoles; 7 ingleses; 3 portugueses y 1 sueco. Rochefort rehusa apelar de su sentencia.

En Lyon han sido atacados los partidarios del desarme de la Guardia nacional. Víctor-Hugo está mejor, y en breve publicará *Le Rappel* y un nuevo libro titulado *Un año terrible*.

Mr. Butt ha sido elegido diputado por Irlanda; su intento es pedir la separación administrativa de Irlanda de la metrópoli.

En Austria el partido *conservador* se ha retirado de la *Dieta*, en la que estaba en minoría; pero los *federalistas* siguen discutiendo tranquilamente, pues cuentan con la mayoría.

El *Siecle* cree que Thiers va á derogar la orden de Mac-Mahon que exigía la previa autorización para fundar un periódico.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LAZARON, calle de la Cabeza, 37.